CUARTA PARTE

JUCIO Y MUERTE DEL EMPERADOR MAXIMILIANO.
Juicio y condenación á muerte del Emperador y de los generales Maramon y Mejía.

Una vez el Emperador y nuestros mejores generales caídos en poder de los republicanos, era de esperarse que estos últimos escribiesen con sangre los decretos que debían decidir de la suerte de los vencidos.

Sin embargo, como he dicho antes, transcurrieron algunos días sin que los ilustres prisioneros supiesen positivamente cuál era el porvenir que les estaba reservado. Se habría dicho que Juárez y sus partidarios vacilaban ante la idea de condenar á muerte al valor desgraciado. En fin, la duda cesó el 23 ó el 24 de Mayo, fecha en que se conocieron las resoluciones del gobierno republicano. Ya he dicho también que ante la imposibilidad moral de fusilar cerca de quinientos oficiales, generales, superiores y subalternos, ese gobierno condenó á las dos primeras clases y á los extranjeros, á prisión. El Emperador y los generales Maramon y Mejía, que habían tenido mandos superiores en el ejército imperial, permanecieron en Querétaro para ser juzgados en un proceso especial, así como los demás generales, el ministro García Aguirre y los agentes
principales de la administración militar, que debían ser some-
tidos a un juicio separado, pero idéntico en la forma.

La ley republicana del 28 de Enero de 1862, ley bárbara
y inconstitucional, porque emanaba del poder ejecutivo y no
del poder legislativo, debía servir de norte en el proceso del
Soberano y de sus compañeros de infortunio.

Aunque la pena de muerte por los delitos políticos estuviese
dicho abolida por la Constitución de 1857, la ley del 28 de
Enero—si es lícito profanar el nombre de ley aplicándole á
las medidas de venganza de los partidos—arrancaba la vida
á los que tenían la desgracia de verse sometidos á su apli-
cación. Decretada en un momento de pasion y de desesperación,
por hombres que se sentían arrastrados por la irresistible
fuerza de acontecimientos contrarios á sus intereses, inventa-
da para espantar á enemigos tenaces y decididos, con la es-
peranza de arrancarles por el terror una sumisión que en vano
se pedía á su voluntad, esta ley, lo repetimos, era una sen-
tencia de muerte inevitable desde el momento en que estaba
suspendida sobre la cabeza de alguno.

A las consecuencias fatales y crueles de esa ley implacable
se quiso agregar también la humillación de las víctimas. Un
consejo de guerra ordinario, con un oficial superior por presi-
dente y seis capitanes por jueces, debía ser y fué efectiva-
mente el tribunal encargado de juzgar al Soberano y á los dos
fieles generales.

Además, la rapidez del procedimiento que se siguió en esa
causa, ya tan profundamente irregular, dejó á los acusados sin
defensa propiamente dicha, y permitió pronunciar el juicio en
el espacio de algunas horas.

La noticia de la resolución de Juárez, cayó en Querétaro
como un rayo. En efecto, detrás de las enérgicas fórmulas
de un juicio inmuno y monstruoso, tanto en su curso y su fin
como en su origen, la imaginación de todos, amigos ó enem-
gos, descubría tres tumbas para los tres mártires.

Al comenzar el proceso, el Emperador y sus generales fue-
ron trasladados á la prisión solitaria del convento de Capu-
chinas. Allí hicieron alto en su corta jornada entre la vida y
la muerte.

El honor de defender al Soberano fué consagrado á los abo-
gados Riva Palacio, Martínez de la Torre, Ortega y Vázquez,
notabilidades del partido liberal. Los dos primeros se trasla-
daron á San Luis Potosí, residencia del gobierno de Juárez,
y los dos últimos permanecieron en Querétaro para llevar la
palabra, á nombre del Emperador, ante el consejo de guerra.

A petición del ilustre acusado, los representantes extran-
jeros cuya presencia no podía dañar al Emperador, se unieron
á sus defensores para asistirlos y ejercer, si era posible, alguna
influencia sobre el espíritu de sus enemigos.

Desde que comenzó el proceso, los defensores declinaron la
competencia del consejo de guerra ordinario para juzgar los
delitos de Estado. En efecto, según la Constitución, solo el
Congreso republicano podía juzgar con alguna apariencia de
legalidad un delito de Estado.

Aunque legal, esa oposición, renovada durante el curso de
de los debates, fué constantemente desechada por Escobedo y
por ese tribunal extraño ó irrisorio, que juzgó sin apelación
la causa más célebre de que hace mención la historia del Nue-
vo Mundo.

La rapidez con que se sustanció la causa fué tal, que el 14
de Junio pudo instalarse el consejo de guerra para oir las de-
fenas y pronunciar la sentencia. El teatro de Iturbide, cuyo
nombre recuerda una inmensa gratitud, fué escogido para la
representación de aquella sangrienta comedia.

Parapetándose en la inviolabilidad de su soberanía, el
Emperador había dejado á sus defensores el cuidado de disputar su vida á sus verdugos. El sentimiento de la dignidad imperial ofendida y el mal estado de su salud ocasionado por las fatigas del sitio, le retenían en su lecho, evitándole así la dura humillación de comparecer ante aquél simulacro de tribunal.

Los generales Miramon y Mejía, menos afortunados, tuvieron que sentarse en el banquillo.

El consejo se componía, como dijimos más arriba, de un teniente coronel y de seis capitanes, y ya se sabe lo que eran los capitanes republicanos. El ministerio público se hallaba representado por un joven que en recompensa de sus conclusiones por la pena de muerte, fue elevado súbitamente al puesto de oficial mayor del ministerio de Negocios extranjeros.

Los debates tuvieron lugar en el foro del teatro. La naturaleza del lugar, el aspecto de los jueces, el motivo de aquella representación, todo daba al juicio las apariencias del desenlace de una comedia trágica y sangrienta.

En aquel proceso de tan alta importancia se confundieron con corta diferencia la acusación y la defensa. El Emperador estaba acusado: de traición á la patria, de usurpación del poder público, de filibusterismo, de haber firmado el decreto de 3 de Octubre, y de haber querido prolongar la guerra civil estableciendo una regencia para el caso en que llegase á morir en campaña. Los defensores entraron al fondo de la cuestión con buena fe, pero sin poderse sustraer á la influencia de sus opiniones políticas, enteramente favorables á los republicanos.

Los defensores probaron que no siendo mexicano el Emperador antes de aceptar el trono, no había podido cometer el crimen de traición á la patria; convinieron en que realmente había habido usurpación del poder público, pero que la gra-

vedad del delito estaba atenuada por las circunstancias de legalidad aparente con que se había hecho su elección al trono. Rechazaron la acusación de filibusterismo, como contrario á la conducta del archiduque—tal es el título que los republicanos afectaban dar siempre al Emperador—y demostraron que el decreto de 3 de Octubre era, en gran parte, la reproducción de las leyes de la República, y que estaba muy lejos de ser tan sanguinario como estas últimas; ejemplo: la misma ley de 26 de Enero de 1862 que servía de base al procedimiento de que se trataba.

Además, la defensa, sin duda á causa de la prontitud con que fué escrita, no estuvo á la altura de la reputación de sus autores ni en relación con la importancia del peligro. Ante un tribunal sin conciencia y sin conocimientos que iba á pronunciar su sentencia obedeciendo á una consigna recibida, debían haberse dejado á un lado los compromisos y el derecho legal. La situación demandaba una defensa á la vez energética, atrevida, patética; una defensa dirigida al corazón y no á la cabeza de los jueces, habría sido la única que hubiera ofrecido algunas probabilidades de buen éxito, si las había.

Después de los abogados del Emperador, tomaron sucesivamente la palabra los defensores de Miramón y de Mejía; en sus defensas había las mismas faltas, las mismas debilidades de lenguaje y de argumentación.

Audazmente y contra toda regla, el ministerio público reservó sus conclusiones para presentarlas después de las defensas, á fin de atacar á los acusados por su lado mas débil, y de acumular contra ellos nuevos cargos.

El 15 de Junio, á las diez de la noche, el consejo de guerra, que solo había dilatado dos días para expedir ese memorable juicio, pronunció la sentencia de muerte. Escobedo, en su calidad de general en jefe de los republicanos, aceptó in-
mediatamente esa infamesentencia, y ordenó su ejecución para
el día siguiente.

¿Qué terrible y misteriosa expiación debía tener ese crimen?
El presidente y uno de los jueces que acaban de presen-
tuir de aquel modo su honor y su conciencia, debían morir
asesinados, poco tiempo después, sufriendo sin gloria en
una sublevación de antiguos soldados imperialistas, incorpo-
rados por fuerza en las tropas republicanas.

II

Ejecución del Emperador Maximiliano y de los generales Miramon y Mejía.

La noticia de esa condenación a muerte no sorprendió ni al
Emperador ni a sus dos generales: ya se la esperaban. Des-
de que fueron sometidos a juicio, habían dado un supremo y
último adiós a toda esperanza, y se habían resignado a morir.

Así es que el Emperador escuchó con la mayor tranquilidad
la notificación del género de muerte que le estaba reser-
vado. Sabía que su crimen consistía en el tamaño de su in-
fortunio. Miramon, cuya alma crecía y se elevaba al acercar-
se el peligro, recibió el anuncio de su próximo fin con una
sonrisa de indiferencia. Mejía, que contaba tal vez con el re-
conocimiento de Escobedo, a quien había perdonado la vida
dos veces, se abatió mucho.

Pero ese golpe cruel hería otros corazones inocentes que no
lejos de la prisión o aguando el Océano, iban a ser quebran-
tados por el dolor: corazones de una madre anhelante, de mu-
jeres amantes y de hijos adorados, ángeles queridos cuyos lazos
de afecto estaban estrechados por el infortunio.

Desde el día en que al estrépito de la batalla sucedió la so-
ledad del calabozo, los acusados concentraron todas sus afe-
cciones y todos sus pensamientos en sus familias. Ante el re-
cuerdo de su pasada grandeza, de la que no le quedaban mas
que los honores de sus compañeros de cautiverio, ante la
perspectiva del fusilamiento, cosas que se desarrollaban ante
él como dos cuadros vivos, el Emperador consagró todos sus
pensamientos á la bella y infortunada enajenada de Miramar,
la Emperatriz Carlota, y a su amada madre la archiduquesa
Sofía.

Pocos días antes de ser condenado, el Emperador había re-
cibido la falsa noticia de que la Emperatriz Carlota había
muerto. Entonces no pudo contener abundantes lágrimas, con-
fesando, sin embargo, que aquella catástrofe le daba mas fuer-
za para aguardar su última hora, puesto que ya no dejaría en
este mundo, sola y privada de razón, á su compañera adorada
de su vida, y la encontraría mas allá de la tumba.

El general Miramon, mas feliz y mas infeliz que el mismo
emperador que sus compañeros de agonía, recibía en su prisión
las consoladoras visitas de su mujer, y podía cubrir de besos á un pequeñuelo que le había nacido durante el sitio.
En cuanto al general Mejía, recién casado con una mujer jó-
ven y linda, sus terribles sufrimientos eran centuplicados por
ciertos síntomas de locura que se manifestaban en su esposa,
y por el nacimiento muy reciente de un hijo que jamás debía
conservar un recuerdo de su padre!

Pero esa lucha entre las mas caras afecciones y una muerte
próxima, iba felizmente á tocar á su fin; y cuando los tres
prisioneros recibieron la notificación de la sentencia pronunciada por el consejo de guerra, su pensamiento se nishió de la
tierra para elevarse á la Eternidad cuya puerta iba á abrirse
para ellos.
De rodillas á los pies del confesor, confesaron las faltas y los errores de su vida.

Mientras tanto, las horas que transcurrian entre la sentencia y su ejecución habían pasado con la rapidez asombrosa que caracteriza la marcia del tiempo durante el ultimo dia de la existencia del hombre. Era el 16 de Junio, y acababan de sonar las tres de la mañana. Los tres héroes y mártires se hallaban á la puerta de su prision para trasladarse al lugar del suplicio, cuando llego la orden, enviada por Juarez, de suspender la ejecución durante tres dias. Esta suspension, debida á las instancias de sus defensores Riva Palacio y Martinez de la Torre, pero ordenada á ultima hora, y después de que los condenados habian sufrido ya todas las agonias de la muerte, fué para ellos mas bien un nuevo castigo que una ultima gracia, pues permitio prolongar todavía su suplicio durante mas de sesenta horas.

El Emperador aprovechó ese tiempo en arreglar sus ultimas voluntades. Escribió á todos los soberanos, á todos sus parientes y amigos, á aquellos de sus servidores que le habian manifestado mayor adhesion, y hizo su testamento. En fin, envió un despacho á Juarez para pedirle la vida de sus generales, abandonando la suya para satisfacer la venganza del partido republicano. A esta noble solicitud del soberano, el gafe del gobierno republicano no se dignó siquiera hacer el honor de una respuesta.

En fin, después de aquellos tres dias de tormentos llegó la noche del 18 de Junio. El Emperador se acostó en su canto de campaña, y bien pronto un sueño bienhechor fué á interponerse, como una tregua, entre las largas noches y las futuras. Los que fueron sin hacer ruido á contemplar el ultimo sueño del Emperador, pudieron oir latir su corazón como una pénula á punto de detenerse.

A las tres de la mañana el Emperador fué despertado por Escobedo que iba á despaldirse de él, y después de esa ultima visita, inoportuna e inútil, se durmió de nuevo.

Pocos momentos despues el alba naciente alumbraba los calabozos de los condenados á muerte. Eso se levantaron inmediatamente y aguardaron la hora fatal, como convidados que llegan los primeros á una cita.

Bajo las impresiones penosas de los acontecimientos pasados y en espera de los hechos todavía mas funestos y mas terribles que iban á producirse, los habitantes de la triste e inerme ciudad de Queretaro contaban, callados y afligidos, los cortos instantes que debían trascurrir antes de la ejecucion; la ciudad parecia un desierto, y solo atravesaban las calles algunos hombres ó mujeres del pueblo urdidos por el hambre y yendo en busca del pedazo de pan que debia calmber sus sufrimientos y los de sus hijos.

Todos los habitantes á quienes no llamaban á la calle las mas apremiantes necesidades de la vida, se habian encerrado en sus casas, pres de las mas profundas dolores. Aun nuestros mas feroces adversarios parecian consternados. Su conciencia clamaba contra el crimen que se iba á cometer. Los clarines que tocanan llamada, los tambores que la marcha de las tropas destinadas á formar el cuadro de ejecucion, eran los únicos indicios de agitacion.

A las seis de la mañana, el silencio sepulcral que reinaba en la prision de Chapultepec fué interrumpido por el ruido del tronco de la caballeria que llegaba para escoltar á los condenados hasta el lugar del suplicio, y por el que hizo la guardia al tomar las armas. El que mandaba la ejecucion fué á poner en conocimiento de los prisioneros que iba á sonar la hora de la muerte. Inmediatamente el Emperador y sus dos generales salieron de su prision, atravesaron con paso firme los corredo-
los tres, bajaron, con la cabeza erguida, las escaleras, y salieron á la calle, donde los esperaban tres coches de alquiler y la escolta de caballería.

Los tres hombres héroes, acompañado cada uno de un sacerdote, subieron á los coches que les estaban destinados. Mejía en el primero, Miramón en el segundo y el Emperador en el tercero. El convoy fúnebre, verdadero triunfo de la muerte, sobre el cual flameaba el sangriento pendón de la anarquía, se puso en marcha precedido y seguido por los soldados de la escolta, mústios y silenciosos. De cada lado de aquel pequeño cortejo iban con el más profundo silencio, la cabeza descubierta y los ojos llenos de lágrimas, una multitud de hombres y de mujeres del pueblo, que crecía á cada momento. Las azoteas y las ventanas de la ancha calle que, trazada del Este al Oeste, conduce del convento de Capuchinas al llano donde se levanta el Cerro de las Campanas, así como las de las calles adyacentes, se hallaban llenas de personas que querían dirigir una última mirada y decir un silencioso y supremo adiós á los tres mártires que amaban y estimaban. Millares de semblantes en los cuales se pintaban la desesperación, la indignación y el terror, á quien menos el respeto, tal era el espectáculo, que se ofrecía á la vista de los tres condenados, á cada paso que los acercaba al lugar de la ejecución.

Por espacio de media hora que duró la marcha del convoy, la vida de aquella población pareció paralizada. No se oía más que el monótono rodar de los coches, el ruido de las herraduras de los caballos, los sordos gemidos de la multitud, las presencias que los sacerdotes pronunciaban al lado de los condenados haciéndoles besar un Crucifijo, y el lúgubre toque de agonía, lanzado en medio de los aires por las campanas de los templos.

En fin, á las seis y media de la mañana el Emperador y sus dos generales llegaron al Cerro de las Campanas. Cuatro mil hombres formaban el cuadro en la parte occidental de aquella colina. El lugar del suplicio estaba señalado con tres cruces.

Los ilustres condenados bajaron de los coches y fueron á colocarse en el lugar que les estaba designado.

Era un día de estío, estación durante la cual la naturaleza viste con sus más ricos atavíos las bellas campiñas del interior de México. Pero esa naturaleza, vista á través del prisma del dolor general, perdía entonces todos sus encantos. Los pádulos rayos del sol levante, penetrando las nubes vaporosas de la mañana, alumbraban con una luz triste y amarillenta el pintoresco valle de Querétaro, especie de circo, donde en lugar de un gladiador vulgar, el mismo César iba á morir. Al aspecto en otro tiempo rústico y caprichoso de aquel hermoso valle donde se eleva, como un contorno avanzado de la ciudad de Querétaro, el Cerro de las Campanas, había sucedido una extraña y penosa monotonia. Los alrededores de la ciudad habían perdido sus árboles y su verde. Se había dicho que esas nubes de langostas, plaga de ciertos países del mundo, se habían detenido allí. A lo lejos se veía todavía las huellas de todas las devastaciones de la guerra.

Los zapotoles, esos aves carnívoras y asquerosas que en México disputan á los gusanos la presa de los restos mortales, y que habían afuido en número siempre creciente á los alrededores de Querétaro, atraídos por la carnificina de los combatientes, habían emprendido su vuelo á la llegada de la multitud, y volaban dando vueltas encima de los condenados, como en espera de un festín.

La imaginación del Emperador y de sus generales, la de todos los demás actores ó testigos de aquella terrible escena,
se representaba sin duda en el llano y en las montañas circunvecinas las peripecias de la última lucha, y parecía que los muertos, ellos también, saliendo de debajo de la tierra, iban a asistir a aquel terrible desenlace.

Cuando el Emperador Miramon y Mejía estuvieron colocados, el fiscal leyó en alta voz el artículo de la ley militar, que condenaba a muerte a cualquiera que pidiese la vida de los reos. El Emperador, glorificando el valor del general Miramon, le cedió el puesto de honor; al general Mejía, cuya esposa, loca de dolor, corría por los alrededores con su hijo en los brazos, le dirigió palabras de consuelo; habló bondadosamente al oficial que mandaba el pelotón de ejecución, que le manifestaba cuánto sentía estar encargado de semejante servicio; dijo a cada uno de los soldados que iban a hacer fuego sobre él una onza de oro, recomendándoles no le tirasen a la cara; después, dirigiéndose al pueblo, dijo con voz fuerte: "MÉXICANOS, VOY Á MORIR POR UNA CAUSA JUSTA: LA DE "LA INDEPENDENCIA Y LIBERTAD DE MÉXICO. ¡QUIERA DIOS "QUE MI SANGRE HAGA LA FELICIDAD DE MI NUEVA PATRIA! "VIVA MÉXICO!"

Después el general Miramon, con noble energía y una calma sorprendente, protestó contra la acusación de traición a la patria que se le hacía, y cuando con una voz tonante gritó: "¡Viva México! ¡viva el Emperador!" las últimas sílabas se confundieron con las detonaciones de la fusilería, que hería en el corazón á aquellas ilustres víctimas.

Algunos minutos después se recogían tres cadáveres atravesados de parte á parte y bañados de sangre, y se les conducía al convento de Capuchinas, donde fueron tendidos en las losas de una sala baja.

La multitud se dispersó triste y silenciosa; las tropas desfilaron para volver á sus cuarteles; se oyó en todo México un prolongado grito de dolor, y la imparcial Historia escribió estas tres palabras: FATALIDAD, INJUSTICIA, CRÍMEN... 

Recibimos la noticia de las ejecuciones del Cerro de las Campanas en el fondo de nuestra prisión de San Luis Potosí. Esta ciudad, donde domina el elemento conservador, fue sumergida en el dolor y en la desolación. El entusiasmo de los republicanos llegó hasta el dolorio.

Mi dolor y mi desaliento fueron extraordinarios. En las ejecuciones del Cerro de las Campanas no veía yo solamente un noble príncipe atravesado de balas al lado de su trono derrumbado, veía también una sentencia irrevocable del Destino condenando á la raza hispano-americana, el abrerto de la grande y generosa empresa de la Francia, la humillación de esta última, la autoridad vencida una vez mas por la revolución, y los últimos restos del ejército que la España había legado á México completamente aniquilados.

Sin embargo, ante ese inmenso desastre, ante ese terrible drama, algo fué á consolar á los prisioneros poco á poco: la esperanza de volver á ver un día la familia y el querido suelo natal. Nos quedaba también una satisfacción que no deja de tener su precio: el honor, no el honor vulgar de que se hace
ostentación tan fácilmente, sino aquel de que habla Ciceron, y que consiste en la fidelidad al deber.

III

Reflexiones sobre la muerte del Emperador Maximiliano.

La ejecución del Emperador Maximiliano, la de los generales Miramón, Mendez y Mejía y la caída del efímero imperio mexicano me habían sugerido algunas amargas reflexiones que debían servir de conclusión á estas simples memorias. Pero como se me acusaría de pasión, ó por lo menos de parcialidad, y me costaría trabajo defenderme, tanto á causa de la indignación que produjeron en mí las ejecuciones del Cerro de las Campanas, como de mi afecto por las ilustres víctimas, prefiero poner á la vista de mis lectores las reflexiones de un hombre á quien su talento, su notoriedad, su imparcialidad y su profundo conocimiento de las grandes cuestiones que preparan el porvenir del Nuevo Mundo, dan toda la autoridad necesaria para hablar ante la Historia. Con decir esto he nombrado á M. E. Masseras, antiguo redactor en jefe del Correo de los Estados-Unidos y de la Nueva Era de México.

Hé aquí algo que escribía últimamente M. E. Masseras para el aniversario del 19 de Junio de 1867:

«No tenemos intención de hacer aquí el proceso de Juárez y de su gobierno; al contrario, la equidad nos obliga á reconocer sus esfuerzos para fundar un estado de cosas regular, la moderación relativa de que han hecho uso hacia sus adversarios después de la victoria, la protección que han concedido á los residentes extranjeros, y especialmente á los franceses, hasta donde alcanza su poder. Pero desde el momento en que no han dado á su país ni la paz ni la estabilidad prometidas; desde el momento en que lejos de reunir los partidos para hacer de ellos una unidad nacional, no han obtenido mas que nuevas divisiones en el seno de su mismo partido, los hombres que pretendían el año pasado personificar á México, no tienen ya razón para escusarse con la ley de salud pública.

«Juzgando á su vez el proceso de Querétaro, la Historia no tendrá ya ante ella patriotas investidos de una gran misión, y resignándose á herir por una necesidad dolerosa, sino hombres que trabajaban para sí mismos, y estaban movidos por resentimientos personales. Ella fallará en consecuencia.

«Un año ha bastado para demostrar, con la evidencia de los hechos, que la causa juarista no era la causa de México, ni aun la de todo el partido liberal. Mientras mas adelante los acontecimientos, mas se impondrá esta verdad á los que la han negado con la ciega obstinación propia del espíritu de partido. Desde ahora deben comenzar á reconocer que la salvación de la nacionalidad mexicana existía en cualquiera otra parte que en aquella en que han persistido en ponerla. No dista mucho el día en que apreciarán todavía mejor la extensión de la responsabilidad en que han incurrido, sacrificando al fantasma de una república imaginaria el único recurso que le quedaba á México para adquirir una autonomía real y constituirse sobre bases sólidas y duraderas. Medrán entonces la parte que les toca en el aborto de la grande empresa de la Francia y aun en la muerte del Emperador Maximiliano.

«El triste cuadro que la fecha del 19 de Junio nos ha obligado á evocar, es una nueva prueba de que no basta que se plante un árbol á nombre de la república á de la libertad, y